

CATÁLOGO COMENTADO DE LA AUTOBIOGRAFÍA BREVE EN LA LITERATURA ESPAÑOLA (1849-1919): UNA ESCRITURA TANGENCIAL

FÉLIX LÓPEZ GARCÍA
flopez56@xtec.cat

En la literatura española de la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, del último tercio, se localiza un corpus importante de autobiografías breves –convergen con el género literario de la novela breve que también estaba en auge– escritas en verso y en los parámetros de la poesía narrativa tradicional: presentan un marcado prosaísmo, carácter oral, gran sencillez en el fondo y en la forma puesta de manifiesto en la brevedad, la llaneza y la espontaneidad de sus textos. A este grupo de autobiografías hay que añadir otro, no menos relevante, escrito en prosa.

En estos textos todo está contado desde la autorrefencialidad y en pasado –que es lo que da la linealidad y hace posible la retrospectiva, rasgos inherentes de toda autobiografía. En este sentido, responden plenamente al canon fijado a partir del “pacto autobiográfico” instaurado por Lejeune.

Uno de los rasgos propios de la autobiografía breve de tono festivo con respecto al canon autobiográfico es la relación contractual que se constituye al cierre de las mismas tras la inclusión de una especie de declaración pública por parte del autor, mediante la cual se autorresponsabiliza de todo lo que ha contado por escrito. Según vemos, el manejo del tono festivo por parte de los autobiografiados no conlleva una falta de seriedad a la hora de contar sus propias vidas.

En realidad, lo que hace especial a la autobiografía breve es la focalización del discurso hacia la memoria pública mediante la cual los autobiografiados buscan el reconocimiento social transformando sus autobiografías en la carta de presentación como hombres de las letras, como personajes públicos. En gran medida, estas autobiografías se pueden entender como un currículum vitae en el que se incluyen la presentación, los datos personales básicos, académicos y profesionales –todo lo referente al mundo editorial, estrenos, colaboraciones, la historia de sus libros, su propia autobibliografía. En efecto, los escritores –siguiendo los modelos de los grandes autores de la segunda mitad del XIX (Zorrilla, Alarcón, Pardo Bazán...)- incorporan a sus obras una semblanza intelectual que incluye la historia de sus libros.

Este posicionamiento hacia la memoria pública pone en evidencia el rechazo frontal que demuestran de manera explícita muchos de nuestros autores con respecto al hecho de contarse a sí mismos, lo que desencadena “un marcado discurso tangencial” –es decir, una gran evasiva con respecto a explicar la propia intimidad– mediante el cual dan cuenta del personaje social,

colectivo, público, que están dispuestos a dar a conocer a partir de periódicos y revistas, que les sirven de plataforma publicitaria como escritores.

Fuera del sector de la crítica literaria la recepción de la voz “autobiografía” parece resistirse a entrar a formar parte de la nomenclatura habitual de la llamada literatura del yo. En efecto, los escritores se muestran reticentes a escoger el término autobiografía para designar sus propias obras de creación literaria e, independientemente de si lo son o no, optan por llamarlas memorias, epígrafe con el que se sienten menos comprometidos y bajo el que se solapan numerosas autobiografías. Esa extraversión, representada por la memoria colectiva, permite la incorporación a estas autobiografías de otros géneros afines entre los que destacan las “memorias”, género en el que priva la mirada exterior centrada en el mundo que rodea al escritor y en los datos, más que en la vida íntima, sobre todo, en lo que se refiere a las memorias profesionales y justificativas.

A lo largo de nuestra investigación se han ido imponiendo los textos de Quevedo, Valera, Ventura Ruiz Aguilera y Zorrilla como precedentes de la autobiografía de tono festivo. También planea la sombra de Campoamor en el estilo. En muchos autores se percibe “una humorada con fondo de dolor”.

El romance *Dicen que yo soy Quevedo* es un referente en algunos autores (R. Franquelo). Ventura Ruiz Aguilera en *El libro de las sátiras* crea el patrón del *autoelogio*. El siguiente es Zorrilla, rival de Ventura Ruiz, en su *Discurso* (1885). El autor del *Tenorio* sigue la máxima del Evangelio “Humíllate y serás ensalzado” y la matiza en lo que él llama *paráfrasis mía* convergiendo con Ventura Ruiz en cuanto al autoensalzamiento. Zorrilla enaltece el verso, que ya formaba parte de la tradición de los discursos de la Academia (Lope...). El *Discurso* del autor del *Tenorio* se publica en *El Liberal*, (1/6/1885), un día después del acto de *Recepción* en la Academia Española, (31/5/1885), y sirvió de referente a los Autores Cómicos del Liberal y a otros.

Por otra parte, cuando los escritores incluyen en sus obras su autobibliografía están siguiendo el modelo creado por Pedro Antonio de Alarcón en su *Historia de mis libros* (1-11-1884) en la que el autor sostiene que es “[...] necesario que todos los autores realicen, como despedida, algo semejante” (330) y, en este sentido, está haciendo un llamamiento a que los escritores redacten la historia de sus libros. La crítica sitúa esa obra como referente. Prácticamente, todos los escritores del corpus, con mayor o menor detalle, introducen en sus obras la formación y producción intelectual. Sin duda, el libro de Alarcón contiene unas memorias profesionales, que son un género afín a la autobiografía, pero que cuentan con rasgos específicos que las distancian de la misma, ya que se centran en desarrollar un currículum profesional, es decir, una autobibliografía.

Emilia Pardo Bazán, en 1886 (dos años después de que Alarcón llevara a cabo la *Historia de sus libros*), publica sus *Apuntes autobiográficos*, cuya aparición no pasó inadvertida ya que suscitó todo tipo de comentarios, en su mayoría

favorables. Con dicho epígrafe, parece indicar que se trata de una autobiografía pero, en el fondo, son unas memorias literarias que dan cuenta de su perfil intelectual. Más preciso fue Alarcón al titular su obra *Historia de mis libros*, ya que se ajustó mejor al contenido de la misma. El libro de Alarcón y los *Apuntes* de Pardo Bazán constituirán, a la postre, un *patrón complementario*. Así, muchos escritores –de acuerdo con el propósito de presentarse como hombres de letras, del mundo de la cultura y, sobre todo, del teatro– empiezan a integrar en sus obras una *semblanza intelectual* que presenta a su vez la *historia de sus libros*.